

NOLFA IBÁÑEZ.

“Me gustaría que hubiese una rebelión docente”

La primera educadora diferencial que gana el Premio Nacional de Educación tenía 31 años cuando entró a estudiar a la universidad; trabajó con niños con problemas de aprendizajes lentos; fue directora del Liceo Manuel de Salas; hizo investigaciones relacionadas con emociones, metodologías e interacción dentro de la sala de clases, y hoy está convencida de que la educación necesita un cambio. “En Chile, todos encontramos que la educación está mal, pero no pasa nada, seguimos haciendo más de lo mismo”, dice.

POR MATÍAS SÁNCHEZ JIMÉNEZ



“No puedo entender cómo la Convención no hizo una primera comisión de educación provisoria. ¿Cómo es posible? La educación es la base de la formación ciudadana (...). Sería una tragedia que no tuviera una prioridad”, dice Nolfia Ibáñez.

—Aquí me siento más cómoda.

Nolfia Ibáñez está parada en el pasillo principal de su nueva casa. Es largo y oscuro, rodeado de gruesas paredes blancas. Viste camisa con cuadros, jeans y zapatos. Todo de color negro. Al cruzar el pasillo, sus tacos sobre el parquet es el único sonido que se escucha en el lugar. Los ruidos de los autos y las micros que suelen haber en el centro de Santiago ya no están.

Sin haberlo planificado, Nolfia está situada exactamente donde nació y creció: la casa de Maryle Salgado, su madre. Dejó ese hogar en la adolescencia, pero regresó cuando su madre cumplió 105 años. “Nunca estuvo enferma, no le dolía nada. No usaba lentes, sí estaba un poco sorda, pero se entendía por su avanzada edad”, recuerda. Ella alcanzó a convivir un par de meses con Maryle, antes de que falleciera.

—Era una mujer extraordinaria. Siempre acogió todas las ideas que teníamos. Gracias a ella pude lograr muchas cosas en mi vida, en el modo de su crianza, autonomía y confianza —agrega.

Nolfia Ibáñez, de 77 años, es educadora diferencial, tiene un magister en Educación con mención en Educación Diferencial y es doctora en Educación. Por más de 30 años se ha dedicado a la docencia e investigación en su área. Y, el mes pasado, recibió el Premio Nacional de Educación 2021, entregado por el Ministerio de Educación, que por primera vez recae en una educadora diferencial.

—¿De qué manera influyó la crianza de su madre en su trayectoria profesional?

—Me entregó la confianza en que todos podemos aprender, independientemente de las circunstancias. Siempre decía: “Lo que quieras aprender, lo vas a lograr”. Hizo lo que hacían antes las escuelas con los niños, pero, con el tiempo, eso se perdió.



Nolfia Ibáñez Salgado nació el 14 de febrero de 1944 y es la tercera de cinco hermanos. Sus primeros años los vivió en la Escuela 127, ubicada a unas cuadras de su casa, en el centro de Santiago.

Uno de sus recuerdos favoritos de esa época son sus compañeros de curso, todos ellos de diversas clases sociales. Algunos eran niños que vivían en una población “callampa”, otros eran hijos de médicos. “Las escuelas públicas deberían ser eso: el alero donde todos nos encontramos. Si la gente no se conoce, ¿cómo vamos a saber cuáles son las características de un grupo social con el que jamás te encuentras?”, dice.

—No fui matea ni estudiosa. Jamás. Era una estudiante promedio. También hacía la cimirra. Íbamos al cine Toesca, que, en ese tiempo, daba películas europeas. Firmaba mis propios justificativos, pero siempre con la autorización de mi mamá —confiesa Nolfia Ibáñez.

En esa época, su padre, René Ibáñez, trabajador de una fábrica industrial, era el único sustento económico del hogar. Nolfia cuenta que con él “nunca tuvimos una relación cercana. Falleció hace muchos años, pero no tenía una presencia importante en mi vida”. Cuando cumplió 15 años, sus padres se separaron. “Pelearon y mi mamá echó a mi padre de la casa. No lo acepté nunca más. No tenía trabajo ni profesión, pero inventaba qué hacer para sacarnos adelante. Ella era mamá, papá, profesora, proveedora, todo”, comenta.

—¿Era estricta con su formación escolar?

—Nada. Mi mamá siempre nos entregó confianza en nuestras capacidades. Nunca nos exigió que nos sacáramos buenas notas. No nos reprochaba nada.

—Un pensamiento distinto a las otras familias de esa época.

—Claro, rupturista. Todos mis amigos y amigas la amaban. Era muy respetuosa con las personas, aceptaba la diversidad absolutamente. Sesenta años atrás, esta casa era como “la casa” del barrio, entonces venía gente a pedirnos pan y nunca se lo negó a

alguien. Tampoco nos decía con quién debíamos juntarnos...

Antes de terminar su respuesta, Nolfia Ibáñez se queda en silencio y mirando el patio de su casa.

—Me acabo de acordar que mi hermana tenía una amiga que vivía en esta población callampa. Estaban sentadas en este patio, mientras mi hermana le sacaba piojos de su cabeza. Cuando mi mamá las vio, no dijo nada. Después nos bañó a todas en la misma tina. Nunca mencionó algo. Cualquier otra mamá se hubiese espantando.

A los 17 años, después de terminar el colegio, Nolfia Ibáñez se casó con Aron Druker y dejó la casa que compartía con su madre, en el centro de Santiago. Un año después del golpe de Estado, Aron viajó a Estados Unidos para buscar nuevas oportunidades laborales. Nolfia, por su parte, también comenzó a construir su propio camino: instaló un jardín infantil. Ella, al no tener estudios universitarios, tuvo que contratar a parvularias y auxiliares que se encargaran del cuidado y educación de los niños.

También trabajaba con la doctora Elisabet Capdevila, una reconocida neurocirujana de esa época, quien comenzó a derivarle niños con necesidades educativas especiales. “Los padres llegaban con la idea de que sus hijos no iban a aprender nada. Incluso, los médicos les recomendaban meterlos en una institución”, evoca.

Uno de los primeros casos que recibió fue el de un niño de 7 años con parálisis cerebral. Nolfia Ibáñez recuerda que ese padre le confesó que era la tercera vez que iba, pero que antes no se había atrevido a tocar el timbre porque ya le habían negado la inscripción de su hijo en otros tres jardines infantiles. “Nunca le pregunté cuál era el diagnóstico, no me interesaba. Solo necesitaba saber su historia”, explica.

—Cuando ese niño llegó, subió los escalones de la entrada con ayuda de su papá. Al año, el niño entraba solo, caminaba y se sentaba en la sala con sus compañeros. No hacía en el suelo, pero todos lo saludaban y aceptaban. La sociedad tiene una mirada sobre estos niños como si tuvieran algo malo. Pero no es así. También son seres humanos vivos, que se mueven y se adaptan. Todos los niños aprenden, incluso aquel que, médicamente, tiene un diagnóstico lapidario.

—¿Esa mirada ha cambiado con el tiempo?

—Existe una apertura de mente, pero siempre se mira a la persona diferente como alguien peor que uno. Entonces, lo que se trata de hacer, situación que aún se mantiene en algunas partes, es que estos niños se parezcan a uno, que es lo “normal”. Una idea que subyace de que lo diferente es peor.

Con el tiempo, Nolfia llegó a tener cerca de 20 niños en su jardín infantil. Cinco de ellos habían sido rechazados de otros lugares por necesitar educación diferencial. “Ahí dije ‘esta sociedad tiene que cambiar’. No puede ser que un niño con problemas de aprendizaje esté destinado a no aprender, a no desarrollarse como persona. Hay una cuestión de desarrollo humano que no tiene que ver con lo físico. Todos los niños que recibí en el jardín aprendieron”, asegura.

Después de su experiencia con el jardín infantil, Nolfia Ibáñez decidió estudiar en la universidad. Tras rendir la Prueba de Aptitud Académica (PAA) en la que obtuvo 800 puntos, ingresó a Educación Diferencial en la Universidad de Chile. Tenía 31 años.

En 1980, Nolfia Ibáñez entró a trabajar en la Escuela F86, atendiendo grupos del área de trastornos del aprendizaje y aprendizaje lento. Luego, trabajó con niños y niñas que estaban fuera del sistema educacional o institucionalizado debido a sus características conductuales, la mayoría autistas. También comenzó con las investigaciones y publicaciones relacionadas a las emociones, metodología e interacción al interior de las aulas, las que comenzaron a ser difundidas en seminarios, charlas y congresos, tanto nacionales como internacionales, del ámbito educacional.

Sin embargo, en los años 90 decidió cambiar su enfoque de investigación a la educación general, “porque entendí que podía incidir en la perspectiva más amplia”. Comenzó con cargos administrativos y académicos en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), junto con ser directora del Liceo Manuel de Salas. Allí destacó por innovar en la malla curri-

cular, focalizándose en el mejoramiento de la convivencia entre los estudiantes, junto con diseñar y gestionar el Primer Encuentro Nacional de Experiencias Pedagógicas realizado en Chile, inaugurado por el ministro de Educación.

También se adjudicó decenas de proyectos de investigación de Conicyt; obtuvo un magister en Educación con mención en Educación Diferencial, en la UMCE, y sacó su doctorado en Educación, en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.



“De dulce y agraz”. Así define Nolfia Ibáñez los últimos dos años de su vida. Cuenta que vendió su departamento para irse a vivir con su madre Maryle, la que falleció a los pocos meses después del cambio. Luego, el año pasado, se enfrentó a la pérdida de su marido, Aron Druker, con quien estuvo casada por casi 60 años. Reconoce que recibir el Premio Nacional de Educación fue un gran apoyo durante este proceso, pero destaca que lo más importante fue el reconocimiento de sus pares.

Meses antes de que se anunciara a los seleccionados al Premio Nacional, un grupo de exestudiantes le creó un sitio web, en conjunto con la UMCE, donde se recopila toda su información y trayectoria, junto con testimonios de académicos, profesores y decanos del ámbito educacional. También se incluyeron cartas de destacadas instituciones y escritores, como Patricio Manns, y de otros premios nacionales de Educación, como Abraham Magendzo y Ernest Schiefelbein.

—Cuando me avisaron que la página estaba lista, miré los testimonios y me di cuenta de que eran bastantes. Nunca pensé que fuese importante para todas esas personas. Pensé: “Pucha que he hecho cosas en mi vida”. También hay personas, como el rector de la Universidad de Magallanes, no lo conozco y aun así entregó una carta apoyándome. Con todo eso, ya me sentí absolutamente premiada —relata Nolfia Ibáñez.

—¿No se esperaba el premio?

—Fue una gran sorpresa. No me lo esperaba, pero eso no quiere decir que no lo merezca. No tengo dudas al respecto.

—¿Ahorra cuáles son sus planes?

—Me gustaría que hubiese una rebelión docente. No estoy hablando de una huelga ni de pelear con alguien, me refiero en términos positivos. Una rebelión en el sentido de revertir el orden establecido en relación con “cómo” se hacen las cosas. El mayor problema de nuestra educación es este énfasis en decirle al otro cómo hacerlas.

—¿Por qué?

—Si yo le digo a usted cómo hacer su trabajo, no tiene más posibilidad de hacerlo de otra manera. Tienes que hacerlo tal como te dijeron. Eso les pasa a los niños y niñas en el colegio, les dicen cómo hacer todo y cómo tienen que ser. Los profesores, directores y toda la comunidad educativa son los encargados de inventar ese “cómo” hacer las cosas, de acuerdo al contexto y características de los propios estudiantes.

—Usted ha comentado que otro problema en la educación es el currículum que se imparte en los colegios.

—El contenido tiene que hacerse con sentido y eso solo lo pueden hacer las y los profesores. Si les dan espacio para hacer el “cómo”, de acuerdo al contexto, será distinto. No es lo mismo enseñar geometría en un colegio de Las Condes, donde un niño puede asimilar la materia en su territorio, en los edificios de Santiago. Pero un niño que está en el Altiplano o en el campo no tiene edificios de referencia. Por eso digo que es una rebelión docente, donde podamos cambiar ese “cómo” hacer las cosas; tener libertad, espacio de autonomía contextualizada. En Chile, todos encontramos que la educación está mal, pero no pasa nada, seguimos haciendo más de lo mismo.

—¿La comunidad educativa es consciente de la necesidad de ese cambio?

—Yo creo que los docentes tienen esta idea de la queja muy instaurada, pero no son buenos para proponer cambios pedagógicos. No estoy hablando de cuestiones políticas ni salariales. Por supuesto que todo el mundo merece mejores sueldos y condiciones laborales. Todos estamos de acuerdo en eso; sin embargo, hay que focalizarse en los procesos pedagógicos.

—También hay que pensar que ellos son profesionales que están haciendo su labor y, si no estuvieran entusiasmados con la idea, no estarían ahí. Hoy los profesores están bien preparados, en términos académicos. Hay docentes extraordinarios. He conocido profesores espectaculares en lugares recónditos, pero hacen sus trabajos muy solos. Hay poco acompañamiento, pocas redes en la comunidad.

—¿Estos temas deberían ser incluidos en la Convención Constitucional?

—No puedo entender cómo la Convención no hizo una primera comisión de educación provisoria. ¿Cómo es posible? La educación es la base de la formación ciudadana. He pensado en contactarme con algunos, porque sería una tragedia que no tuviera una prioridad. Todo depende de eso, de cómo nos educamos, sobre todo cuando somos pequeños, de cómo vamos a tratar al otro después.

—¿Cuál es su opinión frente al debate sobre si los padres son los primeros educadores de sus hijos? En relación con la polémica ocurrida en la Convención Constituyente.

—No creo que nadie pueda oponerse a los derechos fundamentales, por eso es tan importante que las concepciones que fundan una sociedad democrática se presenten en indicaciones claras y precisas. Mi crítica a la Convención es por no haber constituido una comisión transitoria de educación, que es la base de la sociedad. Supongo que sí habrá una comisión permanente sobre Educación, ya que el proceso constituyente es una gran oportunidad para que todas las personas tengan garantizado el derecho a una educación pública que se constituya en el punto de encuentro de la diversidad de nuestra sociedad.

—¿Qué sería lo primordial a cambiar en la educación?

—El sentimiento y las emociones en los niños, niñas y jóvenes. Si ellos se sienten bien consigo mismos, sienten que son capaces, que están aprendiendo. No van a estar pensando que deben cumplir con ciertas exigencias. Recién ahí vamos a tener futuros ciudadanos como los que soñamos. 5